



Revista de CIENCIAS AMBIENTALES Tropical Journal of Environmental Sciences



**Desvelos de la felicidad. Imaginario para repensar
la educación en la era de la crisis ambiental**

Wakefulness of Happiness. Imaginaries to Rethink Education in the Era of Environmental Crisis

Enrique Leff^a

^a El autor, economista, sociólogo y profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México, es coordinador de la Red de Formación Ambiental para América Latina y el Caribe del Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (Pnuma) y miembro del consejo editor de esta revista.

Director y Editor:

Dr. Eduardo Mora-Castellanos

Consejo Editorial:

Enrique Lahmann, UICN, Suiza

Enrique Leff, UNAM, México

Marielos Alfaro, Universidad Nacional, Costa Rica

Olman Segura, Universidad Nacional, Costa Rica

Rodrigo Zeledón, Universidad de Costa Rica

Gerardo Budowski, Universidad para la Paz, Costa Rica

Asistente:

Rebeca Bolaños-Cerdas





Desvelos de la felicidad. Imaginario para repensar la educación en la era de la crisis ambiental

por ENRIQUE LEEF

RESUMEN

Considerando la felicidad como el antídoto contra la desesperanza, y revelando su naturaleza inaprensible, se plantea que su conquista y el aprendizaje de ella son imprescindibles para el logro de un mundo nuevo sin opresión entre humanos, sin exclusiones de culturas ni de saberes y sin degradación ambiental.

Thinking happiness as the antidote to despair, and revealing its natural impossibility to be apprehended. The conquer and learning of happiness is essential to achieve a new world without oppression among humans, without exclusion of cultures nor knowledge and without environmental degradation.

Hoy nos reencontramos en este atardecer que es un amanecer. Es el ocaso de una civilización en crisis y el alba de nuevos mundos de vida. Es la luz que se filtra entre las sombras de la noche para fertilizar los anquilosados fundamentos de la racionalidad moderna, para regenerar los sentidos de la existencia humana y para proseguir la larga marcha hacia un futuro sustentable. Aquí, en Chapadmalal, donde los torrentes de vida que nacen en el Orinoco y el Amazonas se precipitan hacia este magnético Sur. En este Sur donde confluyen ríos de vida y se decantan en los territorios y las culturas de los pueblos latinoamericanos para explayarse en la desembocadura del Mar del Plata. El delta del gran río se abre como abanico de caracol en esta provincia de Buenos Aires para recibir los nuevos vientos y el oleaje oceánico que fulgurante despliega sus alas hacia el horizonte infinito, en el que las miradas deseosas de los educadores ambientales vislumbran un nuevo porvenir.

Este flujo de vida se hace movimiento social aquí, en el Sur. Repensando el pensamiento, desconstruyendo los saberes consabidos, imaginando lo posible, los educadores ambientales se echan a la mar para nadar hacia el horizonte, para resignificar su sentido vital como educadores, para reformar al estado de cosas, para formar nuevos seres humanos. Una nueva pedagogía y un nuevo compromiso social se forjan en el crisol educativo de CTERA que, desde la crisis ambiental, abre sus compuertas a un nuevo saber. La educación se renueva en un proceso emancipatorio, desde la nueva comprensión del mundo, del pensamiento de la complejidad, de la política de la diferencia y la ética de la responsabilidad con la naturaleza y con la sociedad.

Este movimiento de renovación socio-educativa está impulsando nuevas políticas públicas en el sistema educativo desde los más altos niveles de decisión en los gobiernos de los países de la región, que van arraigando en las escuelas, en la educación no formal y en las universidades. Es la emergencia de una ciudadanía ambiental que va irrigando los territorios de vida de nuestra América Latina.

Dar cuenta del desarrollo de la educación ambiental en América Latina bien podría justificar la apertura de este Congreso. Podríamos reiterar aquí los principios y retejer los fundamentos que se han convertido en sustento, soporte y sustancia de la renovación educativa y la construcción de una racionalidad ambiental. Sin embargo, en este reencuentro, en este rescate del imaginario social que pudiera guiar el posible camino hacia un futuro sustentable, quisiera traer a este escenario a un personaje más luminoso y más elusivo, un propósito más inefable y más fundamental para la existencia humana: la *felicidad*.

Felicidad huidiza y ubicua

¿Por qué llamar a la felicidad al debate de la educación ambiental? Precisamente porque reina la infelicidad, el desasosiego, casi la desesperanza, en la era del vacío, del riesgo y la incertidumbre; de la pérdida de referentes y del sentido de la existencia. En el mundo cosificado que habitamos, la economía sigue buscando el crecimiento

El autor, economista, sociólogo y profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México, es coordinador de la Red de Formación Ambiental para América Latina y el Caribe del Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (Pnuma) y miembro del consejo editor de esta revista. El presente documento constituye su intervención en el II Congreso Nacional de Educación Ambiental de la República Argentina efectuado en Chapadmalal, Buenos Aires, en octubre de 2006.

económico y el equilibrio ecológico; se ha instaurado la vía neoliberal para aliviar la pobreza, mejorar el empleo y los niveles de ingreso, para conservar y mercantilizar la naturaleza en las políticas del desarrollo sostenible. Algunos economistas se han aventurado a afirmar que el fin último de la economía es procurar la felicidad del ser humano. Pero no nos engañemos con este juego retórico; pues más allá del bienestar material y espiritual que pudiera generar el proceso económico, este se realiza en la objetivación del mundo y la intervención tecnológica de la vida, que indefectiblemente vacían el sentido de la existencia. Quizá pudiéramos aún volver a una economía del bienestar, construir una economía ecológica, pero no es posible fundar una “economía de la felicidad”. Podremos medir el bienestar y la sustentabilidad conforme a ciertas normas e indicadores socialmente acordados. Pero nadie inventó aún un felizómetro para evaluar la calidad de vida y el sentido de la vida humana en este mundo.

La filosofía occidental ha indagado el ser de las cosas, el conocimiento, la economía (el *oikos*), la ética de lo bueno y del bien, la estética del mundo sensible: de las formas, del sonido y el color. A través de lo lúdico y lo erótico, la metafísica se asomó a la felicidad. Pero no la nombró, no la tematizó, no la indagó, no la generó. Las religiones han buscado apaciguar el dolor de la existencia humana a través del perdón, la salvación y la redención. El pensamiento postmoderno, en su intento por desconstruir los errores y enredos de la metafísica, vuelve a la reflexión del ser y de la existencia, a la ética de la responsabilidad con la naturaleza y con los otros seres humanos. De Platón a Lévinas no deja de estar presente el erotismo en la dialógica de la relación humana. El amor no deja de bañar con su extraña luz el enigma de la existencia. Pero, la felicidad, ¿por qué siempre en fuga?, ¿por qué tan inasible, tan innombrable, tan inalcanzable?

Nunca la filosofía se enfrentó a un tema más elusivo. La filosofía se ha ocupado de la razón, de la ontología y la epistemología. Incluso del ser y del deber ser; del bienestar y de la justicia. Del ordenamiento del mundo y del sentido de la vida humana. De lo bueno y lo bello, más que de la verdad. Ha llegado a arriesgar el pensamiento en lo más impenetrable de la vida: el infinito. Lo más inefable: el amor. El pensamiento humano ha indagado las fuentes de la dominación económica, de la opresión política y de la represión inconsciente; ha producido filosofías libertarias y pedagogías de la liberación. El pensamiento humano ha tejido la trama de la vida y ha buscado desanudar las cuerdas y las cadenas que atan al ser humano. Pero ni Marx, ni Freud, ni Reich, ni Freire, nos han legado un método para alcanzar la felicidad a través de las vías que abrieron a la emancipación. Heidegger arriesgó la idea de una verdad que pudiera desencubrirse a través de la poesía y del canto que surgen del ser. Pero el ser no alcanza la felicidad al andar *curándose en el mundo*.

Y entonces, ¿estamos en el mundo para hacer el bien o para ser felices? La ontología existencialista abrió la puerta a la filosofía para pensar el mundo desde la condición existencial del ser humano, de la conciencia de la finitud de la existencia y de la muerte, en el camino de la cura. La reflexión sobre el mundo se renueva desde el pensamiento doloroso de la existencia humana, más allá del propósito del Iluminismo de la razón de liberar al hombre y alcanzar un mundo feliz en la transparencia del mundo a través de la ciencia. El existencialismo es una ontología del ser que pasa su existencia curándose. Pero la vuelta al ser no devuelve la felicidad perdida por una nueva comprensión del mundo. La voluntad de poder vivir no es receta alguna para la felicidad. Es preciso *pensar y saber* para desconstruir la razón que oprime el corazón. “Pienso, luego existo”, afirmó Descartes. Pero el pensamiento moderno secular que tanto ha proclamado la libertad, la igualdad y la fraternidad no conduce directamente hacia la felicidad y la salvación. Habrá entonces que poner el pensamiento en la mira de la felicidad.

La cura de la existencia humana está en la felicidad, más que en el cumplimiento de una deontología del deber-ser, en una ética de las virtudes y del bien común, en una responsabilidad y deferencia hacia el otro. Estar contento no es ser feliz. La moral es consustancial a la condición humana, pero no basta para procurarnos la felicidad. Más que un estado de bienestar económico, la felicidad es el antídoto ante al desasosiego y la desesperanza; es sentirnos bien dentro de nuestra piel, sutil membrana que nos pone en contacto con el mundo y con los otros.

En la cura que procura el cura, el alivio de la confesión relaja los tormentos del pecado y de la culpa, pero no es la cuna de la felicidad, siempre asechada por la prohibición. Y la cura psicoanalítica, al liberar los deseos atorados y cristalizados en síntomas, al intentar deshacer el nudo que ahoga al ser humano, qué busca si no la felicidad, aunque no pueda nombrarla para no prometerla ni comprometerla. Pues ¿qué psicoanalista se aventuraría a anunciarse en la puerta de su consultorio ofreciendo “la felicidad o la devolución de su dinero”?

Pero, ¿qué es la felicidad? ¿Es un estado de conciencia, de nervios, de estabilidad psíquica, de satisfacción física y moral? ¿Es la incolmable realización del deseo? La felicidad es una búsqueda y un logro; implica un arte del bien vivir. La felicidad puede ser momentánea y definirse como un estado de paz, de tranquilidad, de satisfacción. La felicidad puede ser el éxtasis de un momento en la contemplación de un atardecer o el desahogo de un orgasmo. El encanto del encuentro con una mirada, la potencia del erotismo, la voluntad de poder realizada en el gozo de la existencia. Pero al éxtasis del orgasmo le sigue la depresión post-coito. El éxtasis de la heroína no asegura una felicidad sustentable. La felicidad podría encontrarse en los momentos más simples de la vida: despertarte creyendo que tienes que levantarte para ir al trabajo y percartarte que es domingo y puedes seguir durmiendo. Felicidad es tener ganas de algo y poder satisfacerlas. Para algunos la felicidad está en el gozo extremo, para otros en la

abstinencia. Para algunos es vivir en la inquietud, incluso arriesgando la vida; para otros es vivir en el cuidado de cada paso, en bajar la intensidad de las vivencias y en dosificar las descargas de adrenalina. Pero la satisfacción momentánea no produce la felicidad perenne. Querer algo y lograrlo abre el deseo hasta lo insaciable. Y entonces, ¿la felicidad es el arte de la moderación y del equilibrio o el de la búsqueda siempre renovada? Dilema sin respuesta. Hay felicidades más terrenales y otras más celestiales. No hay *una* felicidad, ni *la* felicidad.

La felicidad se entretiene en las formas de ser en el mundo. Podemos pensarla, pero la constatamos como un “sentirse en el mundo” Está reservada a la intimidad, a la autogestión de la vida de cada persona, al arte de *savoir vivre*. La felicidad bien puede alimentarse de una filosofía lúdica y hedonista sobre el disfrute de las delicias de la vida, pero no podrá constituir un método para alcanzar un fin deseado a través de un método asegurado y de medios eficaces para alcanzarlo.

La felicidad está asociada a la realización de un propósito, a la emancipación de todas las formas de sujeción, al alivio del dolor. Pero, entonces, ¿la felicidad estaría más cerca de los bien dotados, de los genios, de los poderosos, de los iluminados y los elegidos de los dioses, o los agraciados por la selección natural o social? ¡Rolando Villazón o Ronaldinho como paradigma de la felicidad! El desbordamiento de la alegría de ser. El poder del arte en la vivencia del cuerpo. Las facultades y la sensibilidad desbordadas como un sol, desplegándose en su terreno de juego de la vida, abrazando al mundo, irradiando placer y contagiando su felicidad.

La felicidad podría sentirse al meter un gol o al ganarse la lotería, pero sobre todo al jugar con gracia en un estadio y al desplegar el canto de la vida en un escenario. La felicidad es sentir el cuerpo agitarse en el baile para sacudirse la infelicidad. Es sentir que el cuerpo aspira a la felicidad aunque el corazón sienta desplomarse hacia el sótano de la existencia. Felicidad del cuerpo que se emancipa de aquello que el alma no puede desprenderse. Es la pasión del flamenco que con su furia expresiva exorciza el dolor sedimentado en las entrañas de la vida.

La felicidad ¿estaría más del lado del ligero de espíritu, del bailarín y cantante, que del sobrio de pensamiento y el pesado de carácter? ¿Es menos feliz el más solemne y el más recatado? Hay quienes transpiran liviandad en la más pesada desgracia. Hay otros que flotan sobre la “insoponible levedad del ser”, y quienes sucumben bajo el peso de la existencia. El ser flota siempre sobre brasas ardientes y candentes cenizas, no sobre pétalos de rosa. Imre Kertész pudo sobrevivir y llegar a añorar su “felicidad” en Auschwitz y Buchenwald cuando descubrió el vacío de la vida en el dominio del socialismo real. Primo Levi y Paul Celan, como muchos otros, no lograron librarse, ni con la poesía, de la herida de muerte del Holocausto. A María Callas no le bastó la voz y el talento más esplendorosos para sostenerse en la vida. ¿Cuestión de carácter, de fortaleza de espíritu, de pasión por la vida? La voluntad de poder, de poder vivir, de poder gozar no es un método para alcanzar la felicidad.

La buena fortuna o la bienaventuranza facilitan la felicidad, como el don y la gracia, las facultades y las capacidades. Hay quienes nacen con buena estrella y en buena cuna. Pero ello no es garantía de felicidad. Nadie tiene todo para ser feliz, y la *falta en ser* puede dominar a los dones de la vida. ¡A cuántos no les basta su inteligencia, su fortaleza, su poder, su belleza, sus creencias, su ética y sus convicciones más profundas para ser felices! La felicidad es sentirnos bien bajo nuestra piel. Pero hay pieles más gruesas y sensibilidades más a flor de piel; felicidades más racionales y otras más sensuales. Hay liviandades que flotan mejor por encima del mal ocasionado al otro y almas más pesadas, personalidades superyoicas y culpígenas que se atormentan hasta por el mal que nunca cometieron, que nunca desearon. Estos rasgos de personalidad se asientan en el espíritu de los pueblos y en el carácter de las personas. Hay pueblos más trágicos y otros más espirituosos, unos más aguerridos y otros más pacíficos, algunos llevan a cuestas en su existencia una larga carga histórica de discriminación, de dolor y opresión, otros sonríen mejor a través de las adversidades de la vida. Los pueblos orientales, desde India hasta la España judaico-musulmana y gitana, escriben su música en tonos menor, en partituras cargadas con bemoles; los pueblos más ligeros lo hacen en tonos mayor con sostenidos que sirven para trepar alegremente por las notas musicales. Unos cantan tangos, otros bailan rumba, salsa y samba.

Ah, y el amor... ¿Quizás fuera éste el camino a la felicidad? El amor erótico, el amor a un dios, el amor cristiano al prójimo, la responsabilidad con el otro de la tradición judaica. *Il n'y a pas d'amour heureux*, escribió Louis Aragon. Y el film *Le Bonheur* de Agnès Varda ¿no apunta justamente a la infelicidad latente en toda búsqueda de la felicidad en el amor erótico? Dos amores que no se suman, sino que se restan hasta el suicidio y la muerte. El amor viene siempre a inquietar la sonriente calma del alma. La culpa acecha a la pulsión erótica. Y el imperio de los sentidos lleva al erotismo al extremo del aniquilamiento. Allí está Don Giovanni para atestiguarlo como mito y realidad del erotismo humano en nuestra apasionada modernidad, exaltado con música de Mozart.

El hedonismo no ha dejado de pulsar en el pensamiento que busca gozar y normar la vida humana. El erotismo es la llama que enciende los impulsos libertarios y mueve los deseos de emancipación que apuntan hacia la felicidad que estaría en el fin de las acciones humanas y en la trascendencia de todos sus obstáculos: ¡la felicidad como *amor sin barreras*!

La catarsis y el éxtasis no dejaron de obsesionar al pensamiento, en la forma positiva de la excitación del cuerpo y de los sentidos, su reconducción a través del arte, o en su renuncia en la sublimación mística del deseo. George

Bataille mostró esas dos caras del erotismo humano. La sexualidad siempre ha sido un tema intrigante, atrayente, seductor y sexy. “Hemos conseguido un sexo divertido. Ahora nos gustaría inventar una sexualidad feliz”, dice Marina. Pero la exaltación de los sentidos no es la felicidad. Hoy, en esta era del vacío y del vicio, podemos realizar el acto sexual como un deporte. Fornicar se ha convertido en un ejercicio aeróbico, que mejor se definiría en la práctica de follar como se le nombra en el español ibérico, más que por el propósito de desfoliar y por el hollín que secretan los órganos en ese acto, por el fuelle que insufla el cuerpo hasta henchir sus sentidos y descargarlos en un orgasmo grandilocuente.

No deja de ser curiosa la expresión común en tantas lenguas en las que en el acto sexual “se hace el amor”: hacer el amor, *to make love*, *faire l'amour*, *fare l'amore*... como si el amor fuera una factura. Cuantas veces en el acto de “hacer el amor” lo que se deshace es el amor. Más allá de acertar a saber en qué medida el amor se hace en la perdición de la conciencia, o hacia dónde va ese advenimiento del ser en su erótica existencia; en las risas y carcajadas que acompañan las contracciones y la expansión de los cuerpos en ese encuentro, en los vaivenes del despliegue y repliegue del corazón deseante, entre las tersuras y las arrugas de la piel quemada por el amor, se juega, se enjuga y se sojuzga la felicidad. En ese mundo del erotismo se secretan los secretos más entrañables de la vida. Pero éstos no relucen en una diáfana y dulce sonrisa al final de la noche. Y ello no es para enjuiciar al erotismo y buscar la felicidad en la abstinencia de los placeres del cuerpo, en la renuncia del hedonismo en todas sus manifestaciones y del amor en todas sus expresiones, sino para acertar que allí no se asienta ninguna claridad o seguridad de la felicidad.

Felicidad es descubrir la música en la que se refleja nuestra alma. El encuentro con algo humano que nos acoge cuando ya no hay palabras ni gestos con los cuales sanar el dolor de la existencia. En una partitura canta el corazón, se exalta el alma y se desahoga el cuerpo. El placer de cantar, esa erótica vivencia en la que la música literalmente se incorpora al ser, se hace cuerpo y alma de cantante. La voluptuosidad, como deleite sensual, fue invocada por la poesía de Baudelaire, al ensoñar una *vida anterior* donde reinaba una voluptuosidad serena y nostálgica, en las grutas basálticas bañadas por el oleaje marino, en medio del esplendor del azul, de esclavos negros impregnados de olor, cuyo único propósito era profundizar el secreto doloroso que le hacía languidecer”. La voluptuosidad es la inflamación del cuerpo y el alma que enciende el erotismo. Es Mefistófeles movilizándolo el deseo de Fausto y Margarita. Pero la voluptuosidad se vive y se siente en grado superlativo cantando. Es el placer de llenarse el corazón y el espíritu con voz propia cantando una melodía, expresando un drama musical. Franco Corelli como paradigma supremo de la voluptuosidad que se forjó la humanidad en el Romanticismo. Felicidad es el aplauso del público que vibra con un/a artista, con un/a cantante: abrazo colectivo, orgasmo colectivo, alivio colectivo.

Pero la felicidad no se instaura en cualquier cuerpo. La felicidad flota sobre una base mínima de salud y de bienestar. Quien sufre no es feliz. Felicidad es alivio y desahogo del dolor que fluyen por diferentes frecuencias culturales. La felicidad se cuele entre la tenue luz del bossa nova que acaricia la piel dorada de la chica de Ipanema, o la aterciopelada voz de Ella Fitzgerald deslizándose caprichosamente en el pentagrama con su imaginación jazzística. La felicidad estalla en el chirrido gutural de Janis Joplin o de Billy Holiday, de Jimmy Hendricks o de Camarón de la Isla, desahogando el dolor que acogota su existencia. “Porque no engraso los ejes me llaman abandonado”, cantaba Atahualpa Yupanqui.

La felicidad trasluce en la música más sublime o en sus desgarradoras disonancias, pero siempre tiene como telón de fondo la muerte, la finitud de la existencia, el amor imposible, la angustia de la vida, la nostalgia de lo irreparable. Está teñida de *saudade* y añoranza. Todo el repertorio operístico de los siglos 19 y 20, del *belcanto* en que se expresan Norma, Medea y Lucia, hasta la música expresionista y dodecafónica de Wozzek y Lulú, es testimonio del drama del amor y el desamor que atraviesa la felicidad imposible.

Felicidad y proceso histórico

¿Podríamos entonces encontrar la felicidad en un retiro interior, alejado del mundanal ruido, del conflicto social, de la irritación del otro, puro gozo solitario? Mario Benedetti, recuperando los textos bíblicos, escribió que la felicidad no es una salvación que evade el conflicto, una abstracción de las pasiones humanas, una evasión del compromiso social y la responsabilidad con el otro, es decir del dolor humano. Es en esa trama de la realización del sentido atravesado por el conflicto, del saber vivir a través de la lucha, del saber sobrevivir entre el dolor de la pérdida y el entusiasmo de la esperanza, que se entretajan los hilos de la felicidad, en los claroscuros de la existencia, entre las luces y las sombras, entre la llama que arde y el fuego que quema, entre la tensión y el relajamiento, entre los tormentos y las delicias del goce humano. No es el insípido compromiso de la resolución del conflicto en el abandono, la abstracción y la renuncia, sino la lucha y la aspiración entre la contención y la realización del deseo. La felicidad se produce en la intimidad de la lucha interna del ser humano por ser feliz, pero no se da en una autonomía introspectiva alejada de la relación con los otros.

Un artículo de la prensa ecuménica escrito en Argentina en enero de 2002 se preguntaba si la felicidad era solo de los dioses, y se dolía que el pueblo no conociera la felicidad como el gozo de la liberación ante la represión de los poderosos. Y reclamaba el derecho a la felicidad. Pero no solo las bayonetas, las bombas y misiles matan y oprimen la felicidad de los pueblos. Hay otros mecanismos de prohibición y medios de represión del ser que engullen y ahorcan la posible felicidad de los humanos, su liberación, su emancipación, su realización. Me dirán que esto ya lo sabemos desde que Freud desentrañó los laberintos del inconsciente y puso al desnudo el complejo de Edipo en todas sus vertientes, versiones y perversiones. Pero por debajo del tejido ediposo de la represión del deseo inconsciente, en el corazón de los hombres laten también las formas coercitivas del pensamiento que han forjado las culturas y que se han sedimentado en sus venas obstruyendo el flujo sanguíneo de la felicidad.

Como enseñaba Paulo Freire, nadie libera a nadie y nadie se libera solo, los seres humanos solo se liberan en comunión, en una relación de otredad. Pero esas relaciones de otredad nos tienen deparadas muchas sorpresas. La “liberación” del ser implica una estrategia de desujetamiento de los medios de opresión económica y política, y eso no lo realiza un individuo solo, sino en comunidad. Pero lo que oprime al mundo son las cadenas que se han forjado en la fragua del pensamiento y que se han filtrado hacia la sangre de la humanidad. Y en ese sentido, la liberación implica desconstruir el pensamiento que se ha venido decantando en visiones del mundo, en modos de producción y en formas de vida que se han institucionalizado en los aparatos de poder vigentes. Esta desconstrucción no es tarea de unos pocos iluminados, sino una responsabilidad colectiva de repensar el mundo, de construir una nueva racionalidad y una nueva sensibilidad; de forjar nuevas relaciones con la naturaleza y con los demás. Los sujetos no somos seres autónomos que pensamos desde nuestra interioridad. Somos pensados por Otro, hemos interiorizado un pensamiento que no solo ha alimentado ideologías, filosofías y ciencias, sino que se ha hecho carne, cuerpo, sensibilidad y angustia. Hemos internalizado una prohibición de ser, de ser libres y ser felices. La falta en ser no se colma en una desconstrucción ideal del pensamiento. La voluntad de poder, de poder vivir, de poder vivir felices, no solo significa el desocultamiento del Ser para que el ser pueda volver a brillar a través de la opaca transparencia del mundo cosificado. La desconstrucción del pensamiento, el desmontaje de los aparatos de poder y de las instituciones de dominio, implica un “trabajo interno”. La desujeción, la liberación es una lucha interna entre la pulsión erótica del ser y su propio otro que lo reprime como prohibición de ser. En ese desdoblamiento del ser, en su indefectible individualidad se juega la posible liberación de su otro opresor y se abre la puerta hacia una posible felicidad. En este juego se abren las compuertas de las represas que ha construido la racionalidad instrumental para que vuelvan a fluir los ríos de la vida.

Esos son los claroscuros de la felicidad en la existencia humana. No hay un método, una filosofía, una estrategia para construir una felicidad para uno, para el mundo, para el otro. Las formas de la felicidad difieren en cada cultura. Las hay más expansivas y más introvertidas, más sonrientes y más austeras, más trágicas y más tranquilas, más apolíneas y más dionisiacas. Hay pueblos y personas que creen ser más felices cuanto más fuerte late su corazón, hay quienes buscan modular los ritmos cardíacos, sus sístoles y diástoles, apaciguar sus latidos y taponar sus deseos. No hay un principio universal que conduzca directamente a la felicidad.

Felicidad es la vida vibrando a través de las sombras dolorosas de la existencia. Es la opalescente opacidad de la misteriosa poesía con la que habitamos nuestro mundo.

¡Éramos felices y no lo sabíamos! Más allá de la ironía de esta expresión, de la inconsciencia, menosprecio y costumbre a un cierto estado de bienestar, siempre existe la posibilidad de empeorar nuestras condiciones de vida: fracasar, sufrir una pérdida, perder lo ganado. Pero sobre todo apunta hacia el imposible saber sobre la felicidad. Pregunten a alguien si es feliz. La respuesta casi siempre es titubeante, incierta. Y, cuando es honesta, generalmente la respuesta es: ¡no sé! Sin embargo, este no saber sobre la felicidad abre también la pregunta sobre el saber necesario para alcanzar un estado de felicidad y sobre las fuentes de ese saber. Pregunta paradójica, pues es justamente el dolor, el sufrimiento humano, la infelicidad, lo que impulsa el saber sobre la felicidad. A la felicidad se le evoca en la utopía, en lo que no llega a instalarse en el ser y que, cuando parece asomarse, es asechado por la infelicidad. Un imposible.

“El dolor ha petrificado el umbral”, escribió Hölderlin. El dolor se ha petrificado en el horizonte que cruzó el padre que se fue para siempre y encontró el Holocausto. El horizonte es ese umbral, es la fina piel que divide el cielo y la Tierra, la vida y la muerte, la cuerda tensa entre lo que ya no será y lo que aún puede ser. Tras el horizonte aguarda la esperanza, donde cada día nace un nuevo sol. La felicidad se asoma como alivio de la angustia al nombrarla como angustia. Como si la felicidad pudiera ser dicha. Como si la palabra pudiera despetrificar el umbral, llamar a la felicidad e instalarla en el ser.

Más fácil es definir la infelicidad. No es feliz quien sufre. Pero no todo dolor produce infelicidad. Un tropezón, un golpe ocasional, sanan con el tiempo. Incluso una felicidad bien fundada permite enfrentar las adversidades de la vida. En el límite de lo inhumano brota la felicidad como un instinto de vida en el campo de concentración de la gente sin destino, como lo testimonia Kertész. Pero no todo lo cura el tiempo. Hay dolores y fracturas de la vida que se transmiten como una herencia genética a través de la historia de los pueblos. ¿Cuánta opresión puede soportar el

ser humano y seguir viviendo feliz, antes de que su rostro se convierta en una máscara, antes de que su sonrisa se tuerza en una mueca?

En el paraíso éramos felices y no lo sabíamos. Como este mundo no es un paraíso, los seres humanos se dieron una ética para vivir en sociedad y forjaron en ella un saber vivir, una sabiduría de la existencia humana. La felicidad no es ajena a una ética. Quisiéramos pensar que nadie podría ser feliz matando al prójimo o siendo injusto. Y, sin embargo, cuántos crímenes se cometen en aras de una supuesta felicidad; no solo los crímenes pasionales que surgen de la infelicidad de la frustración y el engaño. Si vivir conforme a una moral no asegura la felicidad, si el virtuoso no es feliz por añadidura, llamamos “infeliz” a quien no procede conforme a una ética de la vida en comunidad.

Felicidad, pedagogía y ambiente

Pero en este mundo en crisis, en crisis del conocimiento, ante la complejidad del mundo y los efectos inhumanos de la degradación ambiental, la sabiduría de esta ética ya no es suficiente. Para procurarnos la felicidad, para evitar la infelicidad que proviene de no saber los efectos de la crisis ambiental, precisamos un nuevo saber. La racionalidad ambiental y la ética de la convivencia en la diversidad y en la diferencia buscan prevenir la infelicidad que produce la racionalidad dominante que genera opresión, inequidad e insustentabilidad por el desconocimiento de la complejidad, de las estrategias de poder en el saber, del dominio económico y la explotación de la naturaleza; por su justificación de la violencia hacia el otro.

La ética de la otredad propicia una paz en la que puede habitar la felicidad. Pero la felicidad no queda asegurada con una ética de la virtud y la bondad, ni con una deontología del bien común, ni en el hedonismo del buen vivir. La felicidad implica un *savoir vivre*, y éste no se instala en un presente. La felicidad trasluce en un horizonte, la felicidad surge en la siempre frágil e incierta condición de un *saber llegar a ser*. Ello implica liberar las palabras y el habla de sus significados anquilosados y de sus cristales sintácticos para deletrear de nueva cuenta el infinito, descifrar los códigos de los poderes consagrados, fundir los metales pesados del conocimiento para forjar nuevos saberes, dejar volar la imaginación para crear nuevos sentidos vitales.

El camino se hace al andar. Pero para caminar por el terreno escarpado de la vida hay que ir quitando las piedras plantadas en un terreno minado. No es un andar completamente a ciegas, pero tampoco siguiendo los reflectores del Iluminismo de la razón. Es un propósito que se realiza en el campo de lo posible. Es la voluntad de poder; de poder querer, de poder querer vivir, de poder llegar a ser felices. Es un destino no predestinado. Es la fuerza del destino abriéndose paso hacia la vida a través de la fatalidad. La felicidad sonríe a través del hedonismo que palidece ante los imperativos de la ética y la razón. La felicidad no se deja contener en un código y una norma. La felicidad no es un paradigma, sino un *enigma*. No es medida sino desmesura, misterio, vértigo, odisea, infinito.

¿Podría haber entonces una pedagogía de la felicidad? Ciertamente no, si la pensamos como un método de enseñanza de principios y conocimientos adquiridos. Aunque podemos afirmar que es esto y no es aquello, la felicidad se oculta tras cualquier definición que pretenda atraparla. Sin embargo, la pedagogía de la felicidad sería posible si la pensáramos como el arte de enseñar, con el ejemplo, más que a través de una doctrina. Esa pedagogía sería el arte de saber vivir en los laberintos de la incertidumbre, de la complejidad y del caos. Pero el horizonte de la felicidad está también en arriesgarse a vivir en el enigma, en el no saber y en la construcción de lo que aún no es. Es poder abismarse, más que rescatar al ser de sus abismos en los juegos fatuos del Iluminismo y la transparencia de un mundo objeto instaurado en un presente estático, sin futuro. La poesía no solo sirve para aclarar los abismos de la vida humana, sino para aprender a gozarlos. Si el ser está siempre lanzado a la aventura, la felicidad es la buena ventura que despunta a través de las desventuras que se filtran entre las fallas de la felicidad y la falacidad de la naturaleza humana. Felicidad es tener aliento para soñar, para cantar la vida y realizar un futuro. Es la voluntad de poder construir un mundo mejor, donde haya cabida para imaginar una vida feliz.

Si el propósito de la vida es la felicidad, la pedagogía ambiental no puede restringirse a la transmisión de conocimientos sobre el ambiente, a una metodología para construir la sustentabilidad, ni siquiera a un pensamiento de la complejidad y una ética del cuidado ambiental. Éstas son hoy en día condiciones necesarias para habitar el mundo en esta crisis ambiental y del conocimiento que nos ha tocado vivir. Si la ética es un principio necesario para convivir con dignidad humana, y si la economía no es la que habrá de procurarnos la felicidad, el proceso educativo, allí donde se forjan los seres humanos desde la más temprana edad -en la familia, la escuela y la sociedad- debe indagar sobre ese extraño propósito que es la felicidad y que habrá de conducir, moldear y atemperar todos los empeños y desempeños de los seres humanos en su andar por su mundana existencia. Quizá en esa indagatoria hayan de despuntar más sonrisas en el encuentro, más sorpresas en el descubrimiento, más alegrías en la búsqueda de ese fin al que vamos sin método ni medios asegurados para alcanzarla. La felicidad aparece en el horizonte como la utopía que nos mueve a caminar buscando el sentido mismo de la vida.

Hoy no podemos andar por el mundo creyendo en el crecimiento sin límites ni idolatrando la ciencia positivista cuando constatamos el desquiciamiento social y la degradación ambiental que acarrea la pobreza del pensamiento unidimensional y la corrupción del espíritu que genera el mundo economizado y narcotizado por el flujo de mercancías enervantes, el desencadenamiento de una violencia cínica y una muerte sin escrúpulos que acentúan el malestar en la cultura. Los efectos del cambio climático agregan a la infelicidad de la pobreza la de los riesgos y catástrofes socio-ambientales. Hoy precisamos aprehender la complejidad ambiental a través de un nuevo saber. Tenemos que aprender a ser felices en la complejidad, en la incertidumbre y en el enigma de la vida; pero también en la esperanza y en la construcción de utopías, en las penumbras de lo impensado y en la irrealidad de lo que aún no es.

Y eso implica pasar de la felicidad como un estado a pensarla como un verbo, como una acción, como una práctica. No solamente aspirar a ser felices, sino *felicitar la vida* (como sugiere Adina Cimet), imbuir e impregnar de felicidad nuestros actos para enfrentar la desazón, la desesperanza, el desasosiego y el dolor que agobian la existencia humana. Y esa felicidad actuada y verbalizada podrá quizá enseñarse, no mediante una doctrina o un método, sino por contagio, como la risa. La pedagogía de la felicidad sería ese arte, quizá requerirá el soporte de alguna técnica, como la que se forja el poeta y el cantante lírico para cantar bien y escribir buena poesía, y de esa manera generar felicidad.

La felicidad es pura invención humana. Se piensa con la imaginación. En este mundo de desigualdad y de opresión, de cosificación del ser y de privatización de los bienes comunes de la humanidad, llevemos la imaginación al poder, como lo propusieron los movimientos estudiantiles en mayo del 68. Imaginemos con los Beatles a toda la gente compartiendo todo el mundo; soñemos un mundo donde quepan muchos mundos, un mundo generado por el encuentro de culturas diversas y otredades dialogantes, en la diáspora de las lenguas desterradas de Babel, en la conjugación de verbos transgresores del pensamiento unitario y del *logos* común, de lenguas deseantes que se enlazan en un beso inefable que disuelve los significados petrificados y abre los sentidos hacia un porvenir infinito y un futuro sustentable.

Aquí, en Chapadmalal, este Segundo Congreso Nacional de Educación Ambiental es momento de reencuentro, reflexión y resignificación, como un eco en el que la palabra evoca para enlazarse con nuevas voces, en un coro armónico de cantos, que desde su fuente renovadora resuena en las prácticas pedagógicas que desde aquí habrán de desplegarse, de intercambiarse e interconectarse, para entretejerse en un diálogo de saberes que abra el futuro hacia la sustentabilidad de la vida, al provenir de la existencia humana.

Es el viento del Sur que sopla y resuena como canto de canoras y coro de voces que cuentan sus cuentos como educadores, de una educación transformadora, en la que se forjan las nuevas vocaciones e identidades de los educadores. Aquí nace una nueva pedagogía fundada en los principios de la diversidad, la diferencia y la otredad, que desencadena un proceso de transformación social y de arraigo en un territorio de vida. Aquí, la educación ambiental alza su vuelo de cóndor desde la Patagonia y los Andes para bañar toda América Latina con una nueva mirada, para surcar nuevos mares y conectarse con otros movimientos sociales que quieren renovarse para *re-existir*, para reafianzar la vida ante la jaula de hierro de la racionalidad económica e instrumental que hoy devasta al planeta y erosiona la Tierra, que sobrecalienta la atmósfera y deseca nuestros ríos, que agota la naturaleza y oprime nuestra existencia.

Quizá en esta búsqueda encontremos algo parecido a la felicidad. Quizá la práctica de una ética ambiental, el re-encantamiento con el mundo, el cuidado de la naturaleza y el respeto del otro, el encuentro cara-a-cara y la convivencia en la diversidad, encaminen modos de vida que se asientan en la vocación del docente, en la alegría de abrir cauces para el pensamiento, la alegría de construir lo nuevo, de dejar correr los ríos de la creatividad, de la emancipación y de la libertad en los seres humanos. Quizá en ello despierte una felicidad con rostros plácidos y corazones inflamados, para salir de la opresión del ser y la confrontación con el otro. Quizá de allí surja un sentido que abra los sentidos, que restaure los sentidos de ser y estar en el mundo; que la alegría llegue a verbalizar y a actuar la felicidad, la felicidad de que resurja la vida y el compromiso de formar nuevas generaciones de seres humanos con una nueva comprensión del mundo, con una nueva racionalidad que abra los caminos hacia un futuro sustentable, equitativo, justo y digno.

Pura utopía para soñar y para realizar. Baile de corazones latiendo. Beso de sonrisas palpitantes y labios henchidos de deseo.

Aquí, hoy, con ustedes, esta entrega no tiene otro propósito que el de convocar a la felicidad en un abrazo fraterno que aprieta y abre el corazón, que busca un horizonte y que finca su deseo en esa búsqueda. Invoquemos pues a la felicidad de la vocación de ser educadores para transformar nuestro mundo marcado por la crisis ambiental y para forjarnos un futuro sustentable para la vida humana en este planeta. Y felicitémonos en este abrazo colectivo.

